

La glosa de la injusta justicia

= Envío del autor. =

Tres anónimos parvulillos y mínimos, un Tranquilino, un Gervasio y un Pascual, fueron una vez condenados a muerte.

Los príncipes de los sacerdotes, los jefes de las principales familias y los doctores de la ley, todos los máximos del Sanhedrin, estuvieron de plácemes.

Pero había Uno que está con la cabeza inclinada, sentado y con el dedo escribiendo en tierra. Este Uno no estaba de plácemes. Él había dicho: «Quien de vosotros esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.»

Esos tres humildes anónimos fueron condenados a muerte porque habían asesinado con asesinato atroz, alevoso, de mano que mata estando ella salva, al excelentísimo señor don Francisco de Paula Téllez Ponce, Marqués de Melgarrejo y Sabadell. Sin embargo, los hombres injustos no habían querido fijarse en una cosa, pequeñita sí, pero muy sencilla y muy profunda: Nuestros tres humildes anónimos, el Tranquilino, el Gervasio y el Pascual, habían sido antes, fijos bien, antes, asesinados, ellos también, y con asesinato atroz, alevoso, de mano que mata estando ella salva. Nadie les hizo cariño. Nadie les trató bien. Nadie les dio sombra. Nadie los cristianizó. Todo fué para ellos, pie y pie pesado de animales paquidermos. Los hombres injustos, cada vez que les hablaron, lo hicieron en indicativo, como quien golpea y en imperativo, como quien acuchilla, ¡perros habríais dicho! porque eso no se llama hablar, sino ladrar; hablar es en subjuntivo y en optativo, una madre, un hermano y un amigo, hablan.

Además y esto es horrible, nuestros tres humildes anónimos Tranquilino, Gervasio y Pascual fueron condenados a muerte, precisamente porque eran parvulillos y mínimos. Jamás, en ningún tiempo y en ningún lugar, son condenados a muerte los máximos del Sanhedrin.

Quién más asesino que un tirano?, Calles o Gomez, por ejemplo, hombres pésimos que vienen a ser cada uno de ellos como siete perros juntos y mejor diría siete perras, porque una perra, ya se sabe, es más feroz que siete perros juntos, siete por siete cuarenta y nueve, hombres *meta, polu, uper*, asesinos. Sin embargo, ¿quién se habría atrevido a condenarlos a muerte, siendo como eran, en realidad de verdad, el Sanhedrin mismo? Y aun siendo así como eran y son, si se les condenase a muerte, habría Uno que no estaría de plácemes. Aquel Uno único, que está sentado, inclinada la cabeza y con el dedo escribiendo en tierra. Calles y Gomez, ¡pobres! antes de asesinar a muchos han sido asesinados también. Nadie hubo o pudo haber en todo Venezuela, o en todo Méjico, que llevase a Gomez o a Calles de la mano, hacia donde está aquel Uno sentado y con el dedo escribiendo en tierra: Aquel uno que puede, con sus manos agujereadas, sacarnos, ¿comprendéis ahora el significado trascendental

y profundo del verbo sacar?, sacarnos de esta vida feroz que es el círculo dantesco de los jabalíes innumerables.

Cuando esos tres humildes mínimos, Tranquilino, Gervasio y Pascual fueron condenados a muerte, repasé sin quererlo, en mi memoria los crímenes de todos los máximos del Sanhedrin.

Tres fueron una vez condenados a muerte: este es el hecho: poned como glosa la palabra de San Agustín: «La justicia de los hombres es la justicia de los injustos.»

La glosa es una palabra segunda al margen de una palabra primera. La palabra primera es de aquel Uno que está sentado, inclinada la cabeza y con el dedo escribiendo en tierra: «El mundo todo entero está puesto en lo malo—*Kosmos olos en too poneero keitai*—.»

Oh Señor Jesucristo, con Santa Teresa, te dice mi alma, esta palabra segunda:

*Sácame d'aquesta muerte,
Señor, y dame la vida,
no me tengas impedida,
en este lazo tan fuerte.*

En Brujas de Flandes, a los seis días del mes de Setiembre de mil novecientos treinta.

La glosa de los hombres

(Al ilustrísimo Dr. Escolástico Lara, hombre de verdad, que... me quedo

A. H. P a l l a i s

En el Centenario de Bolívar...

(Viene de la página primera)

Estoy cierto de que en lo íntimo de los homenajes que tributamos a Bolívar reverenciamos las virtudes que nos legó España. Yo que fuí, en cierto modo, un emigrante al revés, voy a cumplir esta misión, recordando a los escritores hispanos que supe apreciar en Madrid y que mucho me impresionaron por el decoro y austeridad de su vida, base de la honradez y firmeza de sus obras.

España es la nación que produjo príncipes y santos en literatura. No pretendo hacer una revisión histórica. Me remito al momento. Saludemos con amplia reverencia a los artífices actuales que conservan a las letras hispanas en lugares de acceso difícil, defendidos contra la turba de merodeadores y espontáneos. Descubrámonos: Ramón de Basterra, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez. Goy de Silva, Cansinos Assens, Eugenio d'Ors. Pocos escritores de otras tierras podrán imaginar con qué fervor, con qué desprendimiento, con qué probidad ejercen su oficio. Si algunos literatos hispanos de gran talento permanecen ignorados para el público europeo, ello debe achacarse a la condición de provincianismo que afectó a la nación empobrecida por desastres militares, y colocada, por voluntad propia, fuera de la sinfonía política europea. Este fenómeno fué señalado por Baroja en una de sus obras. Así la

pensando, pensando: ¡que así fueran todos, como ese Rodolfo Argüello, como este Escolástico Lara!— Que así fueran todos!

En modo subjuntivo, los griegos dicen optativo, y levantamos los ojos y juntamos las manos y nos sumergimos en el silencio nostálgico.

La vida es indicativa. Que hubiera hombres! Sí, que hubiera, pero no hay.

Van pasando, pasando, y con el llamado dedo índice, a mis hermanos escondidos, les digo silenciosamente: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez hasta veinte y más allá de veinte, hasta cien y más.

—Cuántos han pasado, hermano mío que tienes ojos de niño y de poeta?

—Más de quinientos.

—Y no había entre ellos, como por casualidad, algún hombre siquiera?

—No, hermano mío.

—Qué son pues todos estos que han pasado con figura de hombre?

Y mi hermanito escondido, ciudadano de Brujas en Flandes, abriendo sus dos ojos de niño y de poeta, me respondió diciendo: Títeres y nada más. Los hombres de verdad son como aquél Rodolfo Argüello y como este Escolástico Lara.

Alégrese pues el titerero. Estamos en su hora y él tiene la palabra.

Brujas de Flandes, Agosto 26 de 1930.

escritora norteamericana Anita Loos, a causa del predominio de las modalidades anglosajonas, consigue con una sola obra mediocre lo que un español no logrará con veinte geniales. Escuchemos lo que dice Goy de Silva en el prólogo de una comedia: «Tampoco aspiro a ser el autor de muchas obras... ¡qué horror ser el galeote de la literatura! ¿Por qué ese afán de atestar las librerías? ¡Cuándo el ideal sería un libro único y perdurable!»

Así trabajan los escritores de España, con honradez y desprendimiento. Unos se desesperan como Ganivet, otros mueren en la pobreza como Miró. Difícil sería encontrar parecidos a Bernard Shaw, a D'Annunzio, a Bergson, a Bourget. El recato, la austeridad, la esquividad, son las características de Azorín, Gasset, Menéndez Pidal, Palacio Valdés. El pobre Blasco Ibáñez simuló el triunfo mejor que lo saboreó y perdió las simpatías de sus compatriotas.

España posee un tesoro de escritores. En el concurso celebrado por *El Mercurio* de Santiago, encabezado por la pregunta: «¿Cuáles son las veinticinco obras que Ud. recomendaría?» muchos lectores recordaron a Baroja; pero, se notaba la dificultad de aislar una sola de sus obras y esto proviene de que no podríamos especificar tratándose de un talento tan trepidante y dinámico. Baroja es un